



Un póster con rostros de los rehenes israelíes de Hamás, el día 12 a las afueras de la Universidad de Harvard, en Cambridge. / B. SNYDER (REUTERS)

La protesta es mayoritariamente propalestina y crece la presión hacia los rectores por presunto antisemitismo

De Vietnam a Gaza en los campus de EE UU

des y engordar una tormenta política a un año de las elecciones. Y ha llegado más arriba aún: una investigación federal estudia si una docena de centros, incluidos algunos de los más prestigiosos del país, han infringido el Título VI de la Ley de Derechos Civiles de 1964, que prohíbe la discriminación por motivos de raza, color u origen, al permitir manifestaciones antisemitas.

Al igual que la composición demográfica de los campus, también han variado las presiones y exigencias políticas sobre los rectorados. Las primeras, esgrimidas por muchos donantes, han colocado a las rectoras de las universidades de Pensilvania y Harvard y la del MIT en una situación insostenible, hasta el punto de que la primera, Liz Magill, presentó su dimisión después de que uno de ellos amenazara con retirar un fondo de 100 millones de dólares. La de Harvard, Claudine Gay, sigue en el disparadero, no solo por no condenar expresamente mensajes de odio proferidos en su campus durante una audiencia en el Congreso; también por acusaciones de plagio, que le han obligado a revisar varios artículos. La imagen de la tercera, Sally Kornbluth, decora al igual que la de

Gay pancartas y carteles con leyendas descalificadoras. La polémica sobre el supuesto antisemitismo es el nuevo martillo de herejes de los republicanos.

Omer Bartov, profesor de Estudios del Holocausto y Genocidio de la Universidad Brown —que integra, como Pensilvania y Harvard, la exclusiva Ivy League—, repasa los antecedentes del debate. “Ha habido una polarización general de la opinión política desde la elección del presidente Donald Trump en 2016. Esa polarización ha encontrado su vía también en los campus. En paralelo ha habido una tendencia creciente a silenciar o incluso prohibir las opiniones, discursos y escritos de quienes expresan puntos de vista opuestos a los propios. Esto ha sucedido tanto en la derecha política como en la izquierda, y se ha manifestado sobre todo en la prohibición, por parte de los conservadores, de discursos y escritos que critican la historia y el racismo estadounidenses, o, por parte de los liberales, los que utilizan términos y terminología considerados ofensivos o inapropiados. Lo primero ha sido evidente en varias escuelas de Estados republicanos; lo segundo se ha vuelto común en muchas universidades liberales”.

El movimiento de protesta por Gaza está en gran medida descentralizado, aunque con vínculos a plataformas nacionales, como la Campaña de EE UU por los derechos palestinos, la más importante del país. “Hemos visto a estudiantes liderar nuestras comunidades en todo el país. Incluso pese a los intentos de silenciarlos, los estudiantes continúan organizándose y hablando en apoyo de un alto el fuego inmediato y de una Palestina libre. Apoyamos con orgullo su trabajo”, explica un portavoz. Internet ofrece a los

manifestantes inspiración y, en ocasiones, consejos. En 2014, cuando la muerte de un hombre negro desarmado por la policía sacó a la calle durante días a miles de personas en Ferguson (Misuri); estadounidenses de origen palestino recomendaron en las redes sociales cómo protegerse de los gases lacrimógenos. Nueve años después, en la Universidad de California, Santa Bárbara, y en otros lugares, los estudiantes negros y latinos son la avanzadilla del movimiento propalestino.

“Paralelo visual”

De origen palestino-libanés, Joey Ayub, que edita un *podcast* sobre el conflicto, escribía la semana pasada que es más probable que los jóvenes estadounidenses conceptualicen la causa palestina como un tema hermano de la lucha por la justicia racial. Hay un “paralelo visual”, según el escritor, una imagen fácil de asimilar: la de un soldado o un agente de policía dominando un espacio habitado por una población sometida, ya sea en una ciudad de Cisjordania o en un barrio de mayoría negra en EE UU. Sostiene también que 2014 fue un año crucial en la comprensión del conflicto por parte de las generaciones más jóvenes, pues ese verano, mientras estallaban las protestas en Ferguson por la muerte del afroamericano, una ofensiva contra Gaza, la denominada Operación Margen Protector, mataba a unos 2.250 palestinos y 73 israelíes. El israelí Shai Davida, profesor de la escuela de negocios de Columbia, asegura que nada ha cambiado en la práctica pese a las citadas medidas. “El mes pasado, la universidad suspendió a dos organizaciones pro-Hamás del campus. El día 8, la universidad declaró, por la presión de la audiencia del Congreso [tres días antes], que los llamamientos a la violencia y al genocidio van contra las normas de la institución. El día 11, comunicó que una protesta prevista no estaba autorizada y, por tanto, no tendría lugar, pero ese mismo día, la protesta no autorizada sí tuvo lugar”, dice enfáticamente. “Fue organizada por las dos organizaciones que supuestamente habían sido suspendidas, y ella se corearon eslóganes que llamaban a la violencia, algo de lo que la universidad dice estar en contra. En resumen: no se está haciendo nada al respecto. Como vimos en la vergonzosa audiencia del Congreso, las universidades de hoy no están dirigidas por líderes, sino por abogados”, denuncia.

El profesor Bartov, nacido en Israel, considera que la equidistancia de los rectores al mostrar simpatía con todas las víctimas e intentar contentar a todos (profesores, alumnos, donantes) “no ha hecho más que empeorar las cosas”. Además, añade, “incluso en universidades de élite como Harvard, MIT y la Universidad de Pensilvania, así como en la mía, la Universidad Brown, la vehemencia de las protestas estudiantiles contra las políticas israelíes y los no menos vehementes ataques contra esas protestas por antisemitas, carecen de una comprensión real de la complejidad de la situación sobre el terreno”.

MARÍA ANTONIA SÁNCHEZ- VALLEJO
Nueva York

La guerra de Vietnam desató en los campus de EE UU una movilización masiva, asentada sobre la lucha por los derechos civiles. Desde entonces, pocos acontecimientos han tenido la capacidad de arrastre de la guerra de Gaza, que comparte con aquella algunas claves: el imaginario de un ejército poderoso sometiendo a una población desvalida; la ruptura generacional (los jóvenes estadounidenses son más propalestinos que sus mayores); el conflicto como catalizador de tendencias más amplias y, en fin, la consideración de que la oposición a la guerra, en ambos casos, era una causa justa.

Pero también son muchas las diferencias. La de la raza, la primera. En los sesenta, los campus eran mayoritariamente blancos, mientras que en los actuales hay muchos más estudiantes de otras razas, que empatizan con la lucha palestina como forma postrera de resistencia al colonialismo. En los manifestantes contra la guerra de Gaza resuena también la denuncia de la brutalidad policial contra los afroamericanos que sacudió EE UU en 2014 y 2020. Pero ni siquiera en las protestas raciales de la última década, las manifestaciones alcanzaron el nivel de polarización de las actuales, en las que las acusaciones de antisemitismo se han convertido en un *casus belli* añadido a la guerra.

La de hoy es una protesta antibélica distinta de la que alentaron en los sesenta la generación *beat* y el movimiento *hippy*, porque enfrenta a iguales: los estudiantes judíos que dicen sentirse inseguros frente a sus propios compañeros y los llamamientos de estos a la intifada. La tensión ha ido de abajo arriba, hasta alcanzar a los responsables de las universida-